

vuelta á Londres. Porque, si toda la previsión y preocupación de usted; si sus minuciosas pesquisas é ingeniosas combinaciones han terminado de esa suerte, ¿cómo puede prometerse un hombre tan descuidado como yo llegar á la capital sin inmensos contratiempos y pérdidas?

Aquí está al fin Guillermo con una carta de la administración de coches, pero sin dinero ninguno. En cuanto á los tres chelines, «Nunca los volverá usted á ver; nunca.» Envío á usted la explicación del tenedor de libros. Usted tomó asiento para un coche; fué usted á Worcester en otro; ha pagado usted el viaje entero á los dos, y no recobrará usted medio penique de ninguno. El caso de usted, si eso no es un consuelo, no es raro. En Malvern parece ser lo corriente viajar de ese modo. Y aquí tenemos una explicación del extraordinario número de coches que hay en este sitio. Puede haber un gran número de empresas en competencia, cuando los viajeros pagan el vehículo en que van y el vehículo en que no van.

Adios. Le echo á usted mucho de menos, y me consuelo lo mejor que puedo con Demóstenes, Goethe, lord Campbell y miss Ferrier.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

19 de Septiembre.—Me heché al bolsillo el *Wilhelm Meister*; fui paseando al Cleaveland Ferry; atravesé el Saverna y seguí la orilla oriental hacia Upton. Las confesiones del piadoso Stiftsdame me interesaron, como siempre, más de lo que puedo decir. Eso me pasó cuando las leí por primera vez en el Océano Indico, y eso volvió á pasarme cuando las leí en Hereford en 1841. A mi juicio, la causa del interés que me

inspiran es que Goethe se esforzó por hacer en ellas como artista lo que ningún otro simple artista, que yo sepa, ha tratado de hacer jamás.

Desde Agustín en adelante, los hombres de vivos sentimientos religiosos han escrito sus confesiones, y hay muchas muy curiosas. Las de John Newton, las de Bunyan, las de Will Huntington, las de Cowper, las de Wesley, las de Whitefield; las de Scot: un sin fin. Cuando las personas mundanas han imitado esas narraciones, ha sido casi siempre con espíritu satírico y hostil. Goethe es el único ejemplo de un incrédulo que ha tratado de identificarse con uno de esos piadosos autobiógrafos. Ha procurado imitarlos, de la misma manera que procuró imitar á los dramaturgos griegos en su *Ifigenia*, y á los poetas romanos en sus elegías. Un artista vulgar hubiese multiplicado los textos y las frases de sabor. El no hizo nada semejante, sino que procuró poner de relieve el espíritu de piedad en el grado mayor de exaltación y produjo una obra singular (1).

¡Qué cosas tan raras suceden! Dos caballeros, ó, por lo menos, dos hombres bien vestidos, pasaron junto á mí en ocasión en que yo paseaba por una de las praderas próximas al río. Uno de ellos me miró, se llevó la mano al sombrero, y dijo: «¿Mr. Macaulay, creo?» Confirmé la exactitud de esa creencia. Entonces prosiguió el sujeto: «Supongo que habrá usted venido á estudiar los lugares de la batalla de Worcester.

(1) Cuando Macaulay estuvo en Francfort, fué á la casa de Goethe, y la encontró con alguna dificultad. Estaba yo muy interesado, no porque él sea de mis mayores favoritos, sino porque los primeros libros referentes á su vida tienen un gran encanto para mí, y la antigua casa entra por mucho en la narración. La casa del padre de Guillermo Meister es también evidentemente la de Franckfort.

Tendremos una hermosísima descripción de la batalla de Worcester.» Yo insinué con toda delicadeza que tenía tanto que ver con la batalla de Worcester como con la batalla de Maratón. «Claro que no, señor, claro que no. La batalla de Worcester no entra ciertamente en el plan de usted.» Tras lo cual nos saludamos y separamos. Me acordé del proverbio (1), y pensé que el nombre de Tom Fool podía aplicarse propiamente en aquella ocasión á más una de las partes interesadas (2).

21 de Septiembre.—Vi en el seto la serpiente más grande que recuerdo haber visto en libertad. Me acordé de mis angustias de terror, cuando era un niño de seis años, al ver arrastrarse una serpiente por los matorrales de Barley Word. Era una impresión profunda y verdaderamente terrible. Mi madre temía que me pusiese malo. De nada servía que me dijese, ni que yo me dijese á mí mismo que no había ningún peligro. Una serpiente era para mí como un gigante ó un duende—un ser horrible mencionado en los libros, pero que no existía en Inglaterra;—y su vista me afectaba como si realmente se me hubiera aparecido un espectro. Seguí á la serpiente de hoy durante cierto trecho. Parecía tan asustada de mí como yo de su pariente cuarenta y cuatro años hace. Durante ese largo paseo leí á ratos el *Guillermo Meister*. Nunca me gustó tan poco. Hasta el relato de la muerte de Aurelia y de Mariana, que solía desgarrarme el corazón, me impresionó tan poco como á esos brutos de Lotario y Guillermo.

A fines de 1851 Palmerston tuvo que dejar el Foreign Office. El gobierno necesitaba un refuerzo no

(1) «A Tom Fool le conoce más gente que la que él conoce.»

(2) *Fool* significa tonto.—(N. DEL T.)

pequeño de prestigio para contrapesar tan grave pérdida, y se hicieron insinuaciones, sin mucha esperanza de éxito, para inducir á Macaulay á aceptar un puesto en el Gabinete.

24 de Diciembre.—Salió Palmerston. Ya era tiempo; pero no puedo menos de sentirlo. Hombre intrépido, infatigable, brioso, aunque demasiado amante de la lucha y demasiado dispuesto á sacrificarlo todo á la victoria, una vez en el palenque. Supongo que le sucederá lord Granville. Le deseo suerte. 1851 ha hecho mucho por él.

25 de Diciembre.—Encontré á lord Granville en el club. Le felicité calurosa y sinceramente; pero hablé con bondad y con pena, como lo sentía, de Palmerston. Por la respuesta de Granville, aunque reservada como convenía, juzgo que no hemos visto aún la verdadera explicación. Me dijo que la inquietud le había tenido en vela dos noches.

31 de Diciembre.—Encontré á Peacock: hombre inteligente y buen humanista (1). Me alegro de tener ocasión de conocerle más á fondo. Hablamos de Aristóteles, de Esquilo, de Sófocles y de otros varios autores antiguos, y nos examinamos bastante bien el uno al otro. Los dos somos bastantes fuertes en estas materias para unos caballeros particulares. Pero él está publicando las *Suplicantes*, y Esquilo no es para que le edite un hombre que sólo mira el griego como una ocupación secundaria.

18 de Enero de 1852.—Durante la comida recibí una esquela de lord John citándome para mañana á las once.

19 de Enero.—Yo estaba impaciente; pero re-

(1) Este pasaje se refiere al autor de *Headlong Hall*, y no al deán de Ely, como quizá supongan algunos lectores.

suelto, si me apremiaban, á pedir un día para reflexionar y á enviar después una negativa por escrito. Me es difícil decir que no á la gente cara á cara. Fui á Chesham Place. Me propuso en el acto que entrase en el gabinete, me negué, y expuse como una cuarta parte de las razones que tengo, aunque hubiese bastado con la mitad de una cuarta parte. Le dije que yo no serviría de nada; que no era un polemista; que era demasiado tarde para pensar en serlo; que en otro tiempo hubiera podido llegar á ser útil para ese fin, pero que ahora mis hábitos literarios y mi reputación literaria lo habían hecho imposible. Alegué en corroboración, el estado de mi salud, mi temperamento y mis aficiones. No me instó mucho, y creo que me hizo la proposición por sugerencias extrañas más que por propio impulso. Añadí que yo no representaría á ningún burgo enfeudado, y que mi manera de ser me impedía solicitar los votos de grandes cuerpos electorales. Pude haber añadido que no quería verme obligado á tomar parte en un debate personal contra Palmerston; que dudaba mucho, si me parecía bien el nuevo bill de Reforma, y que no tenía ningún motivo para creer que habrá de hacerse todo lo que á mi me parece justo en lo que respecta á la defensa nacional. Hablé muy enérgicamente sobre este punto, diciendo lo que sentía.

*31 de Enero.*—Veo que lord Broughton se marcha, y que Maule va al Consejo de la India. Se me figura que yo hubiera podido obtener ese puesto, el más agradable del gobierno y el más adecuado para mí; pero el partido que adopté es mucho mejor para mi reputación y para la paz de mi espíritu.

En Febrero Macaulay hizo otra visita al palacio de Windsor.

*6 de Febrero.*—Almorzamos á las nueve. Anduve por la hermosa galería durante una hora; después fui con Mahon á la biblioteca, y luego subí á la Torre Redonda, desde donde gocé de una soberbia vista. En la biblioteca, cogiendo por casualidad un libro elegantemente encuadernado, ví que era el de Ticknor: un ejemplar de regalo, con una carta del autor á la reina, diciendo que enviaba su obra porque el ministro americano le había dicho que un eminente literato la había recomendado á Su Majestad. El eminente literato era yo; y podría encontrar la fecha en mi Diario. Es una rara coincidencia que yo tropezase con su carta. La comida era á las siete menos cuarto, á causa de la representación que había después. El teatro era hermoso, el escenario bueno, y la obra el *Rey Juan*. La representación tuvo sus defectos, como los tiene y grandes, la obra, considerada como obra teatral; pero produjo, sin embargo, gran impresión. Constanza me hizo llorar. La escena entre el rey Juan y Huberto y la escena entre Huberto y Arturo fueron muy bien hechas. Faulconbridge baladroneó bien. Las alusiones á una invasión francesa y á las intrusiones pontificias hubieran sido aplaudidas con furor en Drury Lane ó en Covent Garden. Aquí aplaudimos con cierta mesura. La muchachita que representó el papel de Arturo hizo maravillas (1). A lord Salisbury no parecía gustarle el papel que hace en la obra su tocayo.

*16 de Febrero.*—Acabé las *Memorias* de Saint Simón, y me ha cautivado más que nunca la bondad de las partes buenas. Cierto que de oasis á oasis media un desierto muy árido.

*1.º de Mayo.*—Un 1.º de Mayo frío. Después del al-

(1) Miss Kate Terry.

muerzo fui á Turnham Green para ver el sitio. Le encontré después de algunas investigaciones. Es el sitio exacto sin género de duda, y admirablemente dispuesto para un asesinato (1).

A la vuelta cogí á Shakespeare, y no pude dejarle. Pasé todo el día hojeándole hasta la hora de vestirme. Después á la comida de la Real Academia (2). Un gran número de amigos, y una porción de sonrisas y apretones de manos. Ocupé un sitio agradable, cerca de Thesiger, de Hallam y de Inglis. Mucha animación y muchas pinturas buenas. Me embelesaron la *Roche-He* de Stanfield y tres cuadros de Roberts. Es el cumpleaños del duque; hoy tiene ochenta y tres. Ahora no le veo nunca sin un interés doloroso. Cada vez que le veo pienso que puede ser la última. Brindamos por él con inmensas aclamaciones. Dió las gracias, y habló de la pérdida de Birkenhead. Yo hice notar (y Lawrence, el ministro americano, dijo que había notado lo mismo) que, en su elogio de los compañeros muertos, el duque no hablaba de su valor nunca, sino siempre de su disciplina y subordinación. Esto lo repetía varias veces. En cuanto al valor, presumo que le daba por cosa supuesta. Lord Derby habló con alma, pero con menos seguridad que las demás veces que le he oído. El discurso de Disraeli fué hábil. Con menosprecio de todas las reglas, brindó por lord John Russell. Lord John respondió jovialmente y bien. A mí me satisfizo. Aunque un discurso en la Real Academia no es gran cosa, conviene que todo lo que él hace ahora esté bien hecho.

(1) Véase la reseña de la conjuración en el capítulo XXI de la *Historia*.

(2) Macaulay asistía á la comida en su calidad de profesor de literatura antigua de la Real Academia.

## CAPÍTULO IX

1852-1856

El magnetóscopo y la mesa giratoria.—Reelección de Macaulay por Edimburgo y satisfacción general que ocasionó.—Enfermedad grave.—Crifton.—Trozos del Diario de Macaulay.—Su apego á los recuerdos antiguos.—Barley Wood.—Cartas á Mr. Ellis.—Gran cambio en la salud y en las costumbres de Macaulay.—Su discurso en Edimburgo.—La Cámara de los Comunes.—El presupuesto de Mr. Disraeli.—Formación del ministerio de lord Aberdeen.—El bill de exclusión de los jueces.—El bill de la India.—El impuesto anual.—Macaulay deja de tomar parte activa en la política.—Cartas á Mr. Ellis.—Mrs. Beecher Stow.—Tunbridge Wells.—Platón.—Mr. Vize-telly.—Patriotismo de Macaulay.—La guerra de Crimea.—Exámenes de concurso.—La *Historia*.—Thames Ditton.—Publicación de los tomos III y IV de Macaulay.—Estadística de la venta de la *Historia*.—Honores conferidos á Macaulay.—El Museo Británico.

El año 1852 empezó muy agradablemente para Macaulay. Desde Enero hasta Julio su Diario ofrece un registro de labor literaria no interrumpida y animosa y de alegres comidas y almuerzos en las casas que le gustaba frecuentar. Hacia este periodo los amigos entre quienes vivía se entregaban mucho á investigaciones que bien podrían incluirse en el dominio de las ciencias ocultas, y á que hacen referencia más de una vez así el Diario de lord Carlisle como el de Macaulay.